

**EL SOLITARIO
INQUILINO
DEL BÚNKER**

FRANJO HALVARY

***EL SOLITARIO INQUILINO
DEL BÚNKER***

FRANJO HALVARY

Autor: Franjo Halvary

Título: El solitario inquilino del búnker

© 2023 F2A

franalvarez02@hotmail.com

Portada: Diseño del autor con IA

Imágenes interiores: Pixabay + IA

Código de registro: 1705032231031 (Safe Creative)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

¿Por qué, en general, se rebúye la soledad? Porque son muy pocos los que encuentran compañía consigo mismos.

Carlo Dossi

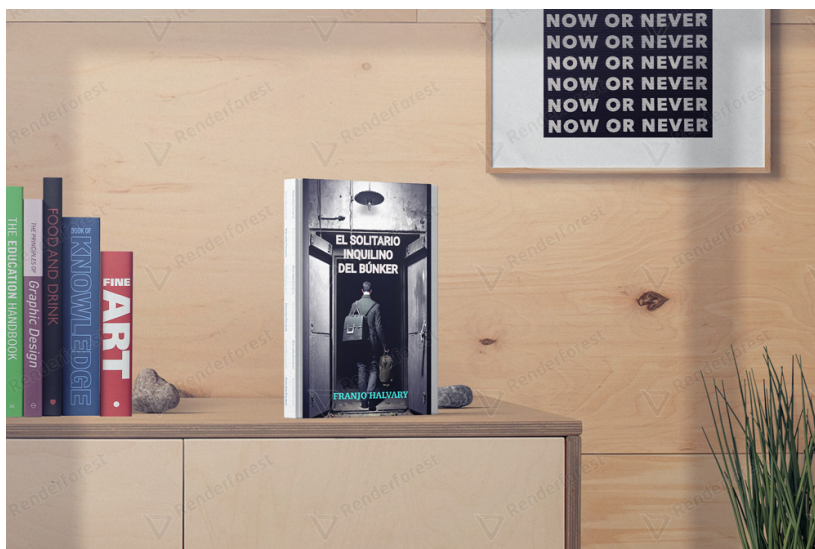
La soledad es la suerte de todos los espíritus excelentes.

Arthur Schopenhauer

A solas soy alguien. En la calle nadie.

Gabriel Celaya

Para todas aquellas personas que, aun teniendo claro que en la vida lo ideal es estar bien acompañado, están completamente convencidas de que siempre es preferible encontrarse solo que en mala compañía, pues es bien sabido que la existencia de presencias no deseadas imposibilita que uno pueda, incluso, respirar.



Introducción

El autor ha tratado a la hora de escribir este libro, de dar rienda suelta a su imaginación, procurando en la medida de lo posible, desarrollar al máximo el nivel de inspiración necesario para conseguir de la manera más eficaz, que pensamientos, reflexiones e ideas salieran a la luz al mismo tiempo. Para completar la mezcla se ha procurado añadir dosis importantes de sentido del humor y psicología positiva, sin alejarse en exceso de la realidad, y lo que ha quedado es lo que se cuenta, esperando que sea del agrado de todos los lectores, y si no es así, por lo menos siempre quedará el consuelo de haberlo intentado.

La creatividad se convierte muchas veces en una poderosa arma, que la mente pone a nuestro servicio para tratar de alejarnos lo más posible de lo que cada día nos ahoga, y al mismo tiempo nos permite viajar a otros

universos paralelos en los que, sin duda alguna, nos encontramos mucho más cómodos, más tranquilos y, sobre todo, mejor ubicados en el sitio que nos corresponde. Lo que aquí se cuenta, son tan solo cosas que se le ocurren a quien escribe, según lo que ve, lo que siente, lo que lee y otras cuestiones de diversa profundidad, y que pueden ser en mayor o menor medida acertadas en sus planteamientos.

En todo lo escrito se ha procurado aplicar un punto de vista en el que predomine el aspecto simpático de la existencia humana. Lo cual no implica que se haya huido de la crudeza de lo que es real, aunque muchas veces no sea agradable, dado que este libro no es un cuento para niños. «Si hay algo en estos textos que pueda servir, a modo de autoayuda, para resolver algún pequeño problema, o aportar, aunque sea, una diminuta luz como orientación, el autor, se sentirá muy satisfecho de ello». Sin embargo, sus pretensiones, ejerciendo de escritor, no van más allá de que este libro sirva de

simple entretenimiento.

Tampoco el objetivo, ha sido que el trabajo desarrollado para contar las historias que aquí se relatan, tenga un elevado nivel de calidad literaria, pues eso solo está al alcance de otro tipo de escritores de reconocido prestigio, y de gran recorrido profesional, que por su ingenio, capacidad y dominio del oficio de escribir, pueden aspirar a las cotas más altas dentro del exigente mundo de la literatura. No obstante, se ha procurado crear algo, que sea lo suficientemente interesante, para que su lectura no se haga indigesta, y que, como mínimo, no suponga una pérdida de tiempo para quien haya tenido a bien leer esta novela. Con la que quien escribe, y no sin cierto temor, más bien respeto, se decidió a saltar al vacío, dentro de un territorio desconocido, pero que no por ello ha dejado de ser un objetivo perseguido desde hace mucho tiempo.

Así que, apartando a un lado unos cuantos complejos absurdos (a la vez que limitantes), y

suprimiendo, en lo posible, la falta de atrevimiento, se ha trasladado al papel todo aquello que se ha considerado oportuno. Ejerciendo el autor, ni más ni menos, que su libre derecho a expresarse sin pretender creerse lo que no es, tan solo ejerciendo de lo que quiere ser, básicamente, haciendo lo que ha querido hacer, siendo consciente de ello en todo momento y estando por completo de acuerdo con lo que se dice a continuación:

El día que no temas que lo que estás escribiendo puede ser una gilipollez con la que vas a hacer el ridículo más atroz y tener el más ominoso de los fracasos, ese día funesto en que tu vanidad derrote a tu juicio, estarás acabado como novelista. Lorenzo Silva en *Los niños feroces*

Por último, y para tratar de ser un poco original, dentro de la modestia (por supuesto, moderada, tampoco es cuestión de exagerar), se ha prescindido en esta obra del empleo de tres palabras, que siempre (o casi), están presentes en la gran mayoría de libros que se

publican (al menos, en los leídos por el autor), y cuya reiterada utilización entraña cierto misterio (y como mínimo, curiosidad) para quien escribe. Las palabras en cuestión son: Alféizar, enjuto y angosto.

FH

Capítulo 1. EL COMIENZO

“Buscando la imprescindible gasolina vital”

Un día, sin saber con exactitud cómo sucedió todo, me encontré refugiado en un búnker antinuclear. La guerra atómica había estallado (al menos eso creía yo en un principio) y el planeta Tierra, se había ido (o casi), a tomar por culo (con perdón, y que la disculpa, sirva también, para expresiones iguales o semejantes, que vayan apareciendo a lo largo del libro, ya aviso que son bastantes, y que, aunque no es mi deseo, quizá pueden irritar la delicada sensibilidad de algunos lectores, espero que no sean demasiados). Al principio, me fueron llegando al cerebro uno tras otro, los ¡joder!, ¡hostia!, ¡mierda!, ¡me cagüen la puta!, ¡maldita sea mi estampa!, «¡porca miseria!» (bueno, la verdad que lo último no lo pensé, quizá lo habría hecho si hubiese sido italiano), y

similares, que yo iba colocando como si fueran tablas, y con todas juntas acabar construyendo una especie de balsa. Así podría mantenerme a flote en el mar de la incredulidad y asombro, que la situación me provocaba dejándome completamente descolocado.

Una extraña sensación invadió mi cuerpo; me veía completamente fuera de lugar en aquel sitio. «¿Pero qué demonios hago yo aquí metido?», me preguntaba sorprendido. A la vez, me sentía tan ridículo como un inspector de policía buscando droga en un colegio, revolviendo una clase de párvulos y ordenando a sus agentes: «¡Esposen a los niños sospechosos y llévenlos al calabozo!».

Además, una creciente alteración nerviosa se estaba adueñando de mí, haciéndome ir de un lado a otro sin parar y de forma absurda en el reducido espacio de un metro cuadrado. Más bien parecía alguien tratando de esquivar la picadura de una avispa enfadada.

Incluso me vi por un momento imitando los indescritibles movimientos inventados por el gran Chiquito de la Calzada, adornados con su famoso, «¡jal, pecador de la pradera, no puedo, no puedo, soy un fistro diodenal!», por suerte, la tontería se me pasó pronto, y por un momento incluso, hasta me pareció que lo sucedido, ¡me importaba un huevo, y además de codorniz! En fin, que era todo una mezcla rara de sensaciones que se podrían denominar como indescritibles, ante la nueva situación que la vida me presentaba. Nunca llegué a imaginar en lo que se iba a convertir mi existencia, pero a medida que el tiempo iba pasando, me di cuenta de que en aquel enorme cajón de hormigón «armado hasta las cejas», no se estaba tan mal, en especial, si comparaba mi forma de vivir en ese momento con la que había tenido los últimos años en el exterior. Pensé y creo que con total acierto, que lo principal en esos casos era no perder la calma, evitar que el cerebro se volviese loco e incapaz de seguir al mando

de la nave corporal y, sobre todo, estar ocupado, activo, en definitiva, entretenido, no dejando que la rutina se apoderase de mí hasta llegar a un punto que el aire se hiciera prácticamente irrespirable. Así que, buscando esa imprescindible gasolina vital que toda existencia humana necesita para subsistir, me puse manos a la obra para combatir el aburrimiento y tener siempre ilusión por mantenerme en pleno funcionamiento, tanto intelectual como físico.

Comencé dedicándome a cultivar mis mayores aficiones, algo que en el refugio podía hacer con total disponibilidad de tiempo y medios. Para empezar, me puse a escribir de forma habitual, con la idea de hacer un libro y reflejar en el texto todo lo que me venía a la cabeza, mezclando hechos reales con historias inventadas. Y al mismo tiempo, ir contando algunas experiencias y anécdotas de mi vida dentro del búnker,

dedicando a ello toda una intensa actividad para dejar total libertad a la creciente e incluso arrolladora creatividad, que luchaba por salir de mi interior la mayoría de los días.

Empujado por mi imaginación, que se desbordaba por momentos y hacía sentir cual héroe de libro de caballerías...

Arturo Pérez Reverte en *Limpieza de Sangre*

Además de escribir, siempre disfruté hasta la saciedad escuchando música, me encanta leer, también soy un auténtico apasionado del cine y, por suerte, para mí, todo eso lo podía disfrutar en aquel espacio seguro, aunque sumergido en una especie de inframundo incrustado en las entrañas de la Tierra. En esa zona conocida como subsuelo, que siempre permanece oculta a la vista del ojo humano, donde el destino me había colocado para conservar mi vida a salvo, o quizá quería gastarme una broma pesada (demasiado pesada). Y cuando hablo del destino, no estoy muy seguro de

utilizar el nombre adecuado, ya que en circunstancias excepcionales, a veces se carece del conocimiento necesario para calificar tragedias inexplicables, que tal vez puedan ser debidas a errores de la naturaleza, al caprichoso azar, a la maldad del ser humano, a poderosas fuerzas ocultas, ¡o vaya usted a saber!

Si algo había en abundancia en aquel sitio, a varios metros bajo tierra, era una gran cantidad de música (grabada en diferentes formatos), libros y películas en D.V.D., de todos los géneros, un par de ordenadores y algún que otro aparato de moderna tecnología, para estar muy entretenido sin apenas echar nada en falta, algo que sin duda era estupendo para mi placer y disfrute de inquilino plenamente satisfecho.

Y si en lo referente al aspecto lúdico estaba muy bien provisto de existencias, también en algo tan imprescindible relacionado con la alimentación y el agua, había reservas para mucho tiempo, además de un

botiquín que contenía las medicinas más necesarias y habituales para atender todas aquellas demandas urgentes de socorro que pudieran hacer acto de presencia. Encontré una gran cantidad de analgésicos (sin duda, quien los puso allí, quiso inmunizar contra cualquier tipo de dolor, y con las máximas garantías, a todos los posibles habitantes del refugio), además también había una cantidad considerable (aquello parecía una farmacia) de antigripales, antibióticos, antidepresivos, anticoagulantes, antidiarreicos y unos cuantos más que empezaban también por «anti». Que siempre aportan tranquilidad y sobre todo remedio, cuando en el cuerpo aparece alguna avería y la salud se resquebraja, aunque la mejor cualidad de todos ellos es no tener que utilizarlos nunca. Había, además, artículos que podríamos denominar como de auxilio, reparación y consulta (algodón, tiritas, vendas, gasas, puntos para sutura, termómetro, un aparato para tomar la tensión, incluso hasta una lima para los callos, y un amplio

surtido de elementos afines, que sería demasiado extenso para detallar aquí). Productos de limpieza e higiene, ropa, complementos, calzado, herramientas y un sinfín de utensilios de todo tipo. Más adelante, ampliaré la información con otros detalles relacionados con la estructura y características de mi «bunkerizado» hogar.

Al principio lo que más extrañaba era poder hacer deporte, ya que la actividad física tuvo siempre una presencia activa en mi vida, especialmente en los últimos años. Pero la suerte se había convertido en mi aliada, (aunque las circunstancias me hubiesen transformado en una especie de Hombre Topo), a partir del día en que después de una visita de inspección para conocer poco a poco los diversos compartimentos, pasillos y escondites del búnker, me encontré un pequeño gimnasio en el que había varios aparatos disponibles, para desarrollar una saludable y sobre todo estimulante preparación física.

Al revisarlos con detenimiento, puede comprobar que cada uno de ellos estaba destinado al trabajo específico de una determinada zona muscular. Pero había una máquina que descubrí casi al instante y fue lo que más satisfacción me produjo en ese momento, y también fui consciente, de que iba a ser un elemento imprescindible en mi nueva vida, y sin duda el que mayor beneficio me iba a generar. Se trataba de una cinta rodante para poder correr. Ese día me di cuenta de que a pesar del hecho trágico que me había llevado a mi jaula subterránea, hay que saber disfrutar de esos pequeños momentos en los que la vida nos sorprende con algo que consigue hacernos muy felices, por insignificante que pueda parecer. Y para mí, el hecho de poder continuar con la rutina habitual de carrera diaria, era algo que me colmaba de felicidad, aunque eso sí, si bien mis piernas se iban a seguir moviendo al mismo ritmo que a cielo abierto, nunca iban a llevar mi cuerpo a ningún sitio. Aunque el continuo entrenamiento

serviría para mantener en buen estado mi condición física, a la vez que conseguir una barriga lisa (una de mis obsesiones permanentes y, al mismo tiempo, un objetivo irrenunciable que siempre traté de lograr a cualquier precio con gran dedicación al ejercicio y, empleando en ello, una enorme fuerza de voluntad), para mantenerla lo más alejada posible de esa horrible imagen de Muñeco Michelin. Esa que se suele ver cuando la grasa se pega como una lapa alrededor de la cintura, formando una especie de inflado cinturón de la marca Flotador, construido con esmero y glotonería, a base de un exceso de calorías (lo que viene siendo tragar más de lo necesario, algo para nada recomendable si la única actividad física que se realiza, consiste en abrir y cerrar las mandíbulas, es decir, comer) y, no solo por lo que eso supone en cuanto a conservar una buena salud También por tener un aspecto agradable (si alguien está satisfecho con su imagen, y esto va unido a que el autoconcepto y la autoestima, se mantengan en un nivel

positivo, se producen unos óptimos resultados que permiten a las personas disfrutar de un excelente estado de ánimo), y poder lucir un buen aspecto. Sin que eso represente tener pretensiones para lograr poseer una «figura de bailarín», pero sí al menos de individuo deportista que se cuida y que se puede mirar al espejo, sin llevarse un susto. O incluso peor, es decir, ¡caer al suelo de la impresión!, porque el espejo es igual que algodón, no engaña.

En la vida, todo, lo que se dice todo, es imposible tenerlo siempre y, simplemente, utilizar el recurso de imaginar (con un poco de esfuerzo) lo que falta, es un buen método para compensar en cierta medida la ausencia de lo deseado.

Así que, iba a dejar en manos de la cinta rodante que se hiciera cargo de la actividad de mis piernas, mientras que mi inspiración y entusiasmo pondrían el resto, para que los recorridos a través de la naturaleza

por los que me iba a desplazar y que solo estaban en mi cabeza, se acercaran lo más posible a la realidad. Soñar que te encuentras en un entorno natural, rodeado de verde y al aire libre no cuesta tanto, si uno se lo propone con un poco de esfuerzo imaginativo y se concentra convencido de ello, aunque la realidad sea otra muy diferente. El único hecho cierto es que te encuentras practicando ejercicio físico a varios metros por debajo de la superficie terrestre.

A propósito de la actividad física, habría que decir, que el hombre al que podríamos llamar sedentario (¡sí, el de Michelin!), muchas veces, cuando se encuentra con el individuo que hace deporte (que no es un atleta profesional, sino simplemente una persona normal que hace ejercicio y cuida su salud) lo observa mientras se ejercita y a menudo se sorprende de sus pequeñas hazañas físicas. Le llama la atención cuando quien hace

ejercicio con frecuencia le cuenta el tiempo que corrió o los kilómetros «devorados» en su entrenamiento diario. Para el deportista, esto es algo habitual y no tiene mayor mérito, pero resulta llamativo para alguien que lleva más de media vida apalancado en su sillón viendo la tele, sin mover su esqueleto, excepto para ir al frigorífico a por comida. Por eso, lo que para unos supone un hábito cotidiano (aunque llueva o esté nevando, haga frío o calor, que por lo general, son más excusa, que impedimento), correr por ejemplo durante una hora, otros lo ven como una auténtica proeza. Algo inalcanzable, cuando en realidad es que ellos no son conscientes de que también lo pueden conseguir. Tan solo es proponérselo y ¡empezar ya! (un poco cada día, zancada a zancada, hasta que uno se acostumbre a «engullir» metros y más metros de asfalto, como si fuera una máquina, pero siempre con la cabeza al mando y el corazón a tope). Salvo que sigan resignados a ver siempre la cruda realidad, esa que el espejo les muestra

tantas veces como se miren en él. El objetivo es sencillo y concreto, tan solo consiste en: ¡HACER, NO EN MIRAR!

Contemplar acciones sin ponerlas uno mismo en práctica, en la medida de lo posible, es una trampa de la innata pasividad, que nos embarga con facilidad a todos. Álvaro Pombo en El temblor del héroe

Es de sobra conocido aquello de que quien no se consuela es porque no quiere, y yo iba a procurar mantener a raya mis penas, sin darles ni la más insignificante oportunidad para que me pudieran debilitar a nivel psicológico. Ni a consentir que me dejaran caer en el peligroso pozo de la autocompasión, además, tampoco iba a permitir que la flaqueza de ánimo me pudiera hacer daño clavando en mi pensamiento, los alfileres de la negatividad para recordarme donde me encontraba. Estaba decidido a mantenerme fuerte a nivel mental y comportarme como

ese autoritario y enérgico domador circense, que trata de establecer en todo momento durante su actuación una distancia de seguridad con sus fieras. Para que no le puedan hacer ni tan siquiera un leve rasguño, permaneciendo siempre atento, ya que, es consciente que cada vez que salta a la pista se mueve en un escenario peligroso. Porque la arena del circo, al igual que sucedía con los antiguos gladiadores romanos, es territorio de lucha y sangre, donde no hay espacio para la debilidad, ¡o vences o te matan!, y la vida, sin exagerar con el disfraz de la tragedia desmesurada, en ocasiones es muy parecida. Luego, y casi de inmediato, pensé que los domadores de circo no me gustaban, ya que su trabajo no era ni más ni menos que una forma de maltratar en público a los animales.

Quizá en otros tiempos, por fortuna ya olvidados, cierto tipo de espectáculos circenses y otros similares eran muy del agrado de la sociedad, ahora ya no.

Me olvidé, pues, de los domadores y cambié mi pensamiento, aunque mi actitud resiliente se mantenía intacta.

También tenía muy claro, que en el caso de que en algún momento fuese inevitable la aparición de la tristeza, o cierta desesperación, iba a saber cómo tener bien adiestrada mi cabeza, para buscar el consuelo necesario, y si eso me fallase, la caja con doce botellas de excelente Ron Cubano Havana de Reserva, que también había descubierto (dicho sea de paso, con gran sorpresa por mi parte, ya que jamás me podría haber imaginado encontrar en aquel lugar tan estimulante botín), en uno de los almacenes del búnker, serviría para mis propósitos. Aunque como último recurso, pero bueno, en un momento dado, ya se sabe que «a nadie le amarga un dulce», y si en unas determinadas circunstancias adversas, un «chupito» (o varios) podía darme un

pequeño «subidón» anímico, tampoco era cosa de renunciar a él. Estaba seguro, además, que como añadido extra, la ingestión del sabroso «zumo alcohólico de caña de azúcar» me iba a trasladar en el tiempo (concretamente, doce años atrás), al recuerdo de unas sabrosas a la vez que inolvidables vacaciones pasadas en Cuba. «La tierra más hermosa que vieron ojos humanos», como alguien un día la bautizó y, a lo que sin duda, habría que añadir la enorme capacidad de la Isla para transmitir estimulantes emociones a todos sus visitantes. Y en aquella ciudad de La Habana (¡se me dispara el corazón cuando me acuerdo de ella!), tan atractiva, incluso mágica, con las huellas todavía presentes de un pasado colonial reflejado en gran cantidad de sus palacios e iglesias. También con otros muchos edificios de porte señorial que todavía conservaban algo de su antiguo esplendor, aunque muchos, con un aspecto lamentable, ya que el abandono unido al paso del tiempo, se habían ensañado con ellos y

necesitaban de forma urgente un lavado de cara, como mínimo. Igualmente, conservo en mi memoria la imagen de sus enormes y compactos automóviles de llamativos colores, con una tonalidad peculiar, adquirida a lo largo de los años, después de haber sido repintados una y otra vez, y con toda probabilidad, por varias decenas de manos, «siguiendo una larga tradición familiar» (1), así que de su color inicial no quedaba ya ni el más mínimo rastro.

Es lo mismo que sucede con el rostro de algunas estrellas del cine, la música y el famoseo en general, que se hacen tantos retoques de bisturí (ese culto enfermizo a la cirugía estética, que al operado hombre o mujer, le suele dejar cara de momia, y al cirujano le hace crecer de forma exuberante su cuenta corriente), para permanecer siempre jóvenes y, cuyo resultado, es que su rostro de antes y el de después, tienen aún menos semejanza que la existente entre una sardina y un pulpo.

Algo normal, si alguien se dedica de manera obsesiva a «tunear» su cabeza y su cara (además, por supuesto, de las tetas, para aumentar su tamaño, a veces de forma exagerada, de tal manera que las glándulas mamarias se convierten en balones de playa, y también para protegerlas contra la ley de la gravedad y que el tiempo no las haga caer hasta el ombligo, o el culo, para hacerlo más redondo, duro y respingón). Que si un injerto de pelo por aquí, que si un «peeling» por allá, que si bótox en los labios (cuando al especialista se le va un poco la mano, algunos quedan tan gruesos, como si les hubiera picado una manada enloquecida y salvaje de mosquitos africanos). Que si un estiramiento de ojos (y quien lo hace, se convierte al momento en el hermano gemelo de Fu Manchú, si es hombre, y si es mujer, se transforma en una japonesa auténtica y sin necesidad de poner el kimono, aunque haya nacido en Sanlúcar de Barrameda y su familia sea andaluza por los «cuatro costados»). Hay quienes se estiran tanto la cara que casi

no se les entiende nada cuando hablan porque apenas pueden abrir la boca. En fin, parece que para muchas personas cualquier esfuerzo merece la pena por mantener la eterna juventud, incluso, hay quienes no tendrían problemas para pactar con el mismo Diablo si fuera necesario.

Volviendo a los coches cubanos, decir que eran modelos de vehículos que se habían quedado anclados en los años cincuenta del anterior siglo, y que, en su momento, fueron motivo más que justificado para que sus dueños pudieran presumir de su auto reluciente y «nuevecito» recién salido de fábrica. Y que con el paso del tiempo se habían convertido sin remedio en reliquias del pasado, más dignas de ser huéspedes permanentes de un museo del automóvil, que de circular por las calles de Cuba pidiendo a gritos la jubilación. Retrasada de manera indefinida hasta la llegada de tiempos mejores, no

obstante y casi de forma milagrosa, los vehículos seguían funcionando sin problemas (¡tremendo «motol», chico!, que diría un cubano).

Todo aquello motivaba al máximo mi curiosidad y aportaba un gran deleite para mis ojos que siempre permanecían muy abiertos, además que yo, en todo momento, estaba predispuesto y muy atento a nuevos descubrimientos y sorpresas que me pudieran dilatar la pupila.

Las calles Habaneras, llenas de turistas de todas las nacionalidades posibles, me llevaron a rincones míticos para degustar exquisiteces locales de muy diversa clase y textura, así como el excelente alcohol caribeño. Que en territorio cubano tenía otro sabor diferente, mucho más auténtico y en un entorno que disparaba mi entusiasmo. Conocí sitios famosos para escuchar «sabrosones» y sensuales ritmos caribeños (a los que sucumbí, sin remedio, «moviendo el body»). Al

principio con un poco de agarrotamiento, que con bastante rapidez y enorme entusiasmo fui dejando a un lado para adquirir una técnica de baile aceptable. Y con una soltura que me sorprendió gratamente, ya que no me había imaginado nunca que podía ser capaz de realizar determinados movimientos sin hacer el ridículo. Estimulado, de forma permanente, por los compases de Boleros, Sones, Congas y Cha-Cha-Chas, y también por las bebidas típicas del lugar con Mojitos, Daiquiris, y otros cócteles exóticos, Isla de Pinos, Mary Picford, o Cuba Bella, que sabían a gloria bendita, y cuyo disfrute compartía con mi buen amigo cubano «Alexis» (2). Alguien que además de regalarme su sincera y valiosa amistad, también ejercía de imprescindible guía por La Habana. Una ciudad, sobre la que me daba todas las explicaciones necesarias para que yo pudiera conocer mejor cómo era la capital de Cuba y, sobre todo, para disfrutar al máximo de lo que la fantástica urbe podía ofrecerme en todos los sentidos, empezando por la

interminable cantidad de nuevas amigas que cada día me presentaba. Era como si todas las mujeres de la ciudad, de cuarenta años para abajo, fueran conocidas suyas, y nada mejor para empezar nuestra labor de «intercambio cultural Hispano-Cubano», que salir bien entonados desde el principio. Algo que se lograba con su receta particular de combinado alcohólico, que preparaba en su casa, a la que me invitaba todos los días. De tal forma que yo parecía ya uno más de su familia, para probar aquella sabrosa mezcla, que según él me contaba era un invento de su fallecido abuelo, del que hablaba sin parar con verdadera devoción y me repetía hasta la saciedad que había combatido al lado del mítico «Che» Guevara. Algo de lo que yo no estaba muy seguro, pues mi moreno «colega» tenía una capacidad enorme para contar historias, inventadas en la mayoría de las ocasiones, incluso me dijo que conocía personalmente a Fidel Castro. También que había sido novio de la primera «vedette» del cabaret más famoso de Cuba, El

Tropicana, hasta que había trabajado de espía y un montón de «películas» más, con las que yo disfrutaba a lo grande. Porque a pesar de que las contaba una y otra vez, siempre cambiaba algo y me sorprendía con aquella capacidad tan enorme que tenía para narrar con gran pericia el relato más inverosímil, aderezado con su particular acento, ¡déjame que te cuente mi «hemmano»!

Y pasando a su cóctel casero, decir que estaba formado por dos partes del mejor y más sabroso ron caribeño, acompañado de un zumo de lima que tenía que estar muy bien exprimido, más tres partes de limón y una cantidad generosa de hielo. Además de un ingrediente secreto en forma de una insignificante cantidad, un par de gotitas de una aromática droga tropical, a la que se refería como el «toquesito», y que nunca me dijo lo que era, ya que eso pertenecía al secreto familiar. Y a continuación me explicaba siempre la correspondiente

técnica de ingestión, que consistía en beber a tragos largos el primer combinado, y el segundo, como él decía, a tu propio ritmo. Y al día siguiente como nuevo, algo que nunca sucedía porque siempre me levantaba con «grillos en la cabeza». Bien es cierto que el tope de dos combinados por noche era siempre teórico, porque cuando salíamos de su pequeño apartamento (que no era impedimento para albergar algo que se podría definir como un interminable conglomerado familiar) en busca de la noche Habanera, ya superábamos con creces la cantidad aconsejada. Es decir, que la resaca del día siguiente estaba por completo garantizada.

Y entre los lugares que recuerdo haber visitado, estaban, El Gato Tuerto, La Bodeguita del Medio, El Floridita y varios más, muy semejantes, y también de otro tipo, en los que además de la bebida, también te daban de comer, y al mismo tiempo, te alimentaban el estómago y

lo que hay más abajo, y en alguno de los cuales amanecí. Después de haber conocido a cariñosas, divertidas, apasionadas y a la vez esculturales mulatas (me ocurre igual que a uno de mis actores favoritos, Robert de Niro, que siempre tuve una gran debilidad por las chicas de tonalidades oscuras) a las que yo me quedaba mirando embobado, con una mezcla de cara de tonto y de sorpresa, a partes iguales, y que a las chicas al principio, y antes de conocerme les hacía mucha gracia. «¿Pero qué tú quieres, muchacho?», preguntaban con esa cadencia melodiosa y suave que tiene el habla cubana, especialmente atractiva, en boca de una mujer bella y físicamente rotunda. Un interrogante que en cuanto hubo confianza desapareció rápidamente, dejando paso a un acogedor compadreo que el carácter latino, la desinhibición y el acogedor hábitat tropical sin duda alguna propiciaban.

Así pues, y desde el principio hizo que se desataran, sin remedio, mis pensamientos más lascivos, y que, como uno lleva a lo otro, el ron te estimula y el clima caribeño te calienta (la verdad es que, sin demasiado esfuerzo cuando existe una gran predisposición para ello), pues ya se sabe, acaba uno entrando en combate al que es inútil resistirse, además sería de idiotas hacerlo, salvo el que sea de la «orilla de al lado». Aunque para ellos también había material de su «palo», o mejor sería decir, en forma de «gran falo». Y cuando digo lo de entrar en combate, me estoy refiriendo al más puro estilo Rambo, pero cambiando la peligrosa jungla de Vietnam, por la siempre cálida, acogedora y excelente anfitriona que es la Isla de Cuba. Y el resultado, como no podía ser de otra forma, consistía en pasar sudorosas, jadeantes, productivas e «inolvidables noches» (3) (con las que la vida te obsequia a veces y te ofrece su regalo en forma de cuerpo de mujer auténtica, para que disfrutes como un hombre de verdad), que no llegaban a su fin, hasta

que los rayos del sol Habanero penetraban por las rendijas de las cortinas, anunciando un nuevo y estimulante día. Que yo iniciaba agotado, pero con el regusto de la dulce velada en los labios, en el pensamiento y en mí «herramienta» (principal) de trabajo (veraniego), dando un largo y tranquilo paseo, para que mi corazón y mi espíritu, alterados ambos por aquellos explosivos fuegos artificiales del afrodisíaco Caribe, pudieran recuperar la calma tras la agitada noche atravesando todo el Malecón. Desde el lugar del pecado (¡bendito pecado!, es decir, que no había propósito de enmienda, y sí, intención de volver a pecar, ¡y cuanto antes, mejor!) hasta el Hotel Riviera, que era mi hogar provisional (más bien Cuartel General) durante mi estancia en la capital cubana. Y al que yo regresaba siempre como un autómatas, pensando tan solo en llegar a mi habitación, «despanzurrarme» en la cómoda y enorme cama (que tenía a mi disposición, y dormir unas horas, únicamente las imprescindibles, para recuperar mi

mermado vigor y de nuevo estar disponible para otro día de «descojone», placer y muy agradables sorpresas) con capacidad para tres personas, eso sí, muy «juntitas», es decir, ideal para «un dos más uno, ellas, dos y yo, uno». Lástima que fue un proyecto de fantasiosa y desmesurada orgía hotelera que se quedó tan solo en una declaración de muy buenas intenciones, para nada descartable, si el futuro tiene a bien concederme una segunda oportunidad.

Y en todo ese recorrido que iba desde el sitio de disfrute hasta el lugar de descanso, siempre había una imagen que se repetía, y a pesar de ello nunca dejaba de sorprenderme. No era otra, que ver aquellos enormes autobuses llenos de gente, que parecía haber sido introducida a presión en su interior, que se dirigían a diversos lugares de la ciudad transportando a una gran cantidad de cubanos «enlatados como sardinas».

Veía sus cabezas a través de los cristales, tan

juntas como si fueran bolas de billar, a punto de chocar unas con otras, pues tan solo estaban separadas por una insignificante distancia. Aunque nada tendría de extraño que a lo largo del trayecto se produjera algún que otro sonoro a la vez que doloroso y contundente cabezazo. Por supuesto, sin mala intención, pero propiciado por algún imprevisto frenazo, algo que tan solo se podría evitar si a todos los viajeros les diese por llevar un casco, o en su defecto y dada la precariedad económica del país, sí, al menos una chichonera, que también les serviría como protección, en el caso de producirse un aterrizaje forzoso con el cráneo utilizado a modo de parachoques contra el asfalto. Pues me imaginaba que tras la apertura automática de las puertas del «mastodóntico», a la vez que prehistórico vehículo, y dado el apretujamiento exagerado de los pasajeros, nada tendría de extraño que hubiesen podido salir disparados desde el interior.

En La Habana, también respiré, lo poco que quedaba de ese aroma, a una Revolución (atrapada en su intransigencia y aplastada por su propio peso), con aires de libertad e ideales más teóricos que prácticos, y que se quedó a medio camino y también en proyecto inacabado. En una utopía más, para decepción de muchos, y defendida hasta la saciedad por otros, aunque puede que movidos, más bien, por una férrea disciplina ideológica que por una demostración palpable de un logro apoyado en resultados positivos reales, dejando aparte la simple justificación del «¡sí Bwana!», tan solo sostenido por un discurso incontestable (¡el que se mueva, no sale en la foto!). De alto contenido dogmático, al más fino estilo de ortodoxia política y con el adoctrinamiento de masas como principal objetivo. Pero la realidad era otra, y lo que tuvo su inicio en Sierra Maestra con los famosos «Barbudos» liderados por el Comandante Fidel Castro finalizando en enero de 1959, con su triunfal entrada en La Habana y sus buenas

intenciones de liberar de la tiranía a sus compatriotas y acabar con el corrupto régimen del Dictador Fulgencio Batista (que huyó como muchos otros dictadores cobardes, es decir, «con el rabo entre las piernas, y también con los bolsillos llenos de plata» dejando las arcas del estado tan solo con telarañas, ¡y el que venga detrás, que se joda!, que suele ser otra característica muy común en mandatarios corruptos que gobiernan por cojones), para poner fin a los privilegios desmesurados de los ricos y mejorar las condiciones de vida del pueblo cubano. En especial, de los más necesitados y desfavorecidos en busca de una sociedad más justa, nada tuvo que ver con lo que posteriormente la Historia se encargó de demostrar. El paraíso prometido se convirtió en frustración, algo que tampoco es extraño que suceda en países considerados democráticos. En ellos, políticos que presumen de ser honrados y hombres de «palabra» prometen antes de las elecciones lo que nunca van a cumplir después de ellas. Es decir, cuando llegan al

poder, la amnesia se les adhiere al cuerpo como una segunda piel. Una vez más, las promesas se las lleva el viento con la misma facilidad que las hojas de los árboles que caen al suelo en otoño.

Esto, por supuesto, sucedió con la inestimable ayuda del chantajista embargo norteamericano. Como siempre, «Yankilandia» ejerce de nación salvadora del mundo, metiendo sus sucias narices en asuntos que no le competen. No permite que otros países, a los que desprecian y ven como meras «Repúblicas Bananeras», resuelvan sus problemas a su manera, como crean conveniente, porque ese es su derecho y también su obligación. Pero no, los orgullosos y prepotentes imperialistas «Yanquis» decidieron hace muchos años que todo lo que sucede en cualquier parte del mundo, especialmente en el continente latinoamericano que está cerca de ellos, afecta directamente a su seguridad.

En un ejercicio cargado de cinismo, presumiendo

ser la cuna de la democracia, no tienen escrúpulos en recortar o incluso suprimir las libertades de otras naciones, sobre todo las que son de ideología izquierdista, si así lo consideran necesario para su propio beneficio y tranquilidad. Es decir, para poder dormir sin preocupaciones les importa muy poco que una parte de la humanidad lo haga con pesadillas.

A nivel político, las sanciones y «chantajes» de los norteamericanos demostraron ser decisiones muy poco eficaces. Y en cuanto al aspecto humano, solo lograron aumentar las necesidades de los cubanos y hacer que su vida fuera aún más miserable, además de provocarles más hambre de la necesaria.

Entonces abro la mochila, saco el trocito de pan del nylon, la mitad de un plátano y bebo mi pomito de agua con azúcar prieta, la que barren en los centrales azucareros. Todavía tengo café a final de mes, ¡una proeza! Pero casi nunca ocurre. Si este mes aún me queda es porque canjeé un paquetico por una pastilla

de jabón... Zoé Valdés en La nada cotidiana

La conclusión final es que todo resultó ser, por desgracia para los isleños, un cambio de cromos de una dictadura por otra. En definitiva, que la libertad siempre queda cercenada cuando los de un lado y los de otro, quieren imponer a toda costa sus ideas, y se olvidan del arma de la palabra cargada con las balas del diálogo. Y si hacemos todo esto, extensivo a los conflictos actuales existentes en el mundo, podemos ver como la anterior forma aludida de buscar un acuerdo pacífico, es sustituida por las otras armas, las de fuego, esas que matan, que cortan de cuajo toda posibilidad de usar el lenguaje para el entendimiento y acaban con lo único que en realidad es importante para el ser humano, su vida.

A pesar de que una y otra vez se demuestra, día tras día, año tras año y siglo tras siglo, que en la guerra nunca hay vencedores siempre hay vencidos, desde el

mismo momento que la muerte ronda a los dos bandos en contienda, salvo que ganar suponga tener menos cadáveres propios que el oponente.

En todo conflicto bélico, siempre se desparrama la sangre de los unos y los otros, con la que se tiñe de dolor y venganza el suelo de la tierra, para vergüenza de todos, tanto de los contendientes como de los que miran para otro lado. (*Ser testigo de un crimen en silencio equivale a cometerlo.* José Martí), y, a pesar de todo eso, el odio sigue, los enfrentamientos y matanzas continúan. En muchas ocasiones hay una excusa para que en cualquier rincón del mundo, los seres humanos demuestren, una y otra vez, que el hombre es el peor enemigo de su propia raza y que las fieras no están solo en la selva.

Por ejemplo, en el campo de la Historia, recordamos cómo en el siglo XX, dos guerras mundiales causaron devastación a una escala inimaginable,

mostrando la capacidad destructiva del ser humano hacia sus propios semejantes. Cuando los hombres hacen la guerra, tanto los que la provocan como los que la mantienen, se transforman en bestias sedientas de poder y control, dispuestas a sacrificar la humanidad en nombre de sus ambiciones.

Puede que Dios exista, pero a veces uno lo duda por las cosas inexplicables que vive. En otras ocasiones, uno quiere que sea real para tener a quién culpar de las desgracias que le suceden a lo largo de su vida. Aunque también hay quienes piensan, y eso pertenece a la experiencia personal de cada individuo, que Dios es real y está presente en su existencia. Sin embargo, creen que no ha satisfecho ninguno de sus deseos. Sienten que se ha portado con crueldad al privarlos de compartir la vida con un ser querido y complicar su supervivencia hasta convertirla en un continuo dolor.

Es difícil saber si es una opinión construida sobre
cimientos verdaderos, o son tan solo sensaciones que
tienen su origen en vivencias reales, pero deformadas
por un criterio alejado de toda imparcialidad. Y quizá si
es que existe un ser superior, hacedor del Universo o
responsable de la Creación en toda la extensión de la
palabra, seguro que muchas veces se sentirá
avergonzado de su obra, no es para menos. Es como
cuando unos padres procuran darle la mejor educación a
su hijo, le transmiten siempre buenos consejos, hacen lo
posible por darle ejemplo con sus actos e intentan
llevarlo por el camino correcto. Pero al final el chaval
sale torcido, la enseñanza adquirida salta en mil pedazos,
y el resultado es que el chico se acaba convirtiendo en
un auténtico gamberro. Y para desesperación e
impotencia de sus progenitores que ven con enorme
frustración como el tiempo empleado, el dinero
invertido y, sobre todo, la dedicación y cariño que han
puesto en práctica con el vástago, se han ido como agua

sucia por las «cañerías del fracaso» más rotundo. Y lo peor es, cuando hay padres que son conscientes que han traído al mundo auténticas alimañas, y el único consuelo al que pueden agarrarse es morir antes de ver actuar en pleno apogeo de maldad a sus cachorros. Y en este grupo se podrían incluir a los «papis y mamis» de los Hitler, Stalin, Mussolini, Idi Amin, Sadam Hussein, Gadafi y otros muchos «hijos de perra» (la lista sería interminable) del presente y del pasado (algunos de los cuales, ya se mencionan en otros capítulos del libro). Asesinos despiadados que sembraron el mundo de maldad y que fueron los causantes de conflictos bélicos de todo tipo, que, en mayor o menor magnitud, dieron lugar a los crímenes más horrendos y fueron los causantes de la desgracia de millones de seres humanos.

También habría que añadir a lo anterior, que muchas veces son los padres los verdaderos culpables de que el árbol plantado haya crecido con más inclinación de la debida. Porque utilizaron como semilla equivocada, esa que dice aquello de que la «letra con sangre entra», muy propia de personas intransigentes, retrógradas e indocumentadas. Que ante toda situación conflictiva con sus descendientes, son propensas a repetir eso de, esto se soluciona con una bofetada a tiempo. Cuando lo cierto es que quien usa el castigo físico como método de enseñanza infantil (o de cualquier otro tipo), lo único que demuestra es su nula capacidad para educar a un hijo (aunque tampoco sería capaz de hacerlo ni con el perro más dócil). En definitiva, que si como ser humano eres una bestia, enseñarás a otro ser humano a ser una bestia, y el proceso seguirá así generación tras generación, al final ahí tenemos el resultado.

«Quién siembra vientos, recoge tempestades», es lo que dice el refrán, y cuando veo a un padre o a una madre, pegar un simple azote a un niño, incluso de corta edad (¡qué salvajada!), porque se está comportando mal. Me gustaría decirles que mejor se estaban abofeteando a ellos mismos, ya que lo único que demuestran es su total incompetencia como educadores utilizando el recurso fácil de agredir. Además, de que todo es empezar, iniciamos con azote, pasamos a bofetada y luego ya veremos en qué acaba todo, porque el niño con diez años, por ejemplo, recibe el golpe (más o menos fuerte, todo va en función de la brutalidad del castigador), y lo encaja sin atreverse a protestar. Pero lo que sucede es que los hijos crecen, y cuando a algún padre se le va la mano con frecuencia, (para dar «hostias, los hombres solemos ser de gatillo fácil», más que las mujeres, aunque también ellas pueden ser más agresivas de la cuenta, que de todo hay igual que en botica), insistiendo una y otra vez en el reparto de guantazos, puede llevarse

la desagradable sorpresa de que su querido, educado y silencioso hijo, ha llegado ya a una edad en la que se le han «hinchado los cojones» de recibir palos. Y les devuelva al padre/madre las «hostias» multiplicadas por tres, para compensar las que el muchacho recibió a lo largo de su infancia y adolescencia. En fin, como se suele decir, en estos casos, «de aquellos lodos, estos polvos».

La violencia solo sirve para generar más violencia y ninguna persona tiene autorización para golpear a otra, por mucho derecho que demasiados padres crean (equivocadamente) tener sobre sus hijos, y así ocurre luego, que de manera permanente se convierten en pésimos educadores.

¡Confunden paternidad con posesión!

¡Enseñanza con adoctrinamiento!

¡Y autoridad con tiranía

¿Qué iba a hacer con el chico? Era un rebelde, me plantaba cara desde que tenía dos palmos. Le pegaba dos hostias y seguía mirándome fijo, fijo. Otras dos hostias y seguía igual...
Manuel Vázquez Montalbán en *Los mares del sur*

Cualquiera puede tener hijos (aunque sus habilidades para cuidarlos y educarlos sean muy limitadas), e incluso por muy irresponsable que alguien sea. Es decir, algo tan importante no exige ninguna preparación especial, tan solo conocimientos básicos a nivel de usuario (en lo que se refiere a la procreación en sí misma).

Existen TRES* estupendas opciones a elegir antes de traer niños al mundo, sin pararse a pensar con el necesario detenimiento las nefastas consecuencias de tal acción, cuando se realiza de forma irreflexiva, algo que por desgracia sucede con frecuencia, y «que para luego es tarde», es decir que por desgracia, ya no tiene

remedio. Por lo tanto, es inútil arrepentirse, por mucho que algunas parejas inmaduras (a la vez que egoístas) intenten arreglarlo, delegando la educación y cuidado («¡vaya morro!») de sus hijos a los abuelos. Algo muy habitual en estos tiempos (y que tan solo tiene justificación cuando las circunstancias adversas de la vida así lo exijan), en los que hay que llegar a cualquier precio donde sea que uno elija y lo más rápido posible. Las personas se han vuelto esclavas de las normas establecidas por el mundo de la inmediatez, en el que todo ha de hacerse para ayer, en el que las prisas son la motivación del momento, la improvisación casi siempre se impone a la reflexión y la calma. Y el día a día se afronta con el estrés como aliado, con el objetivo permanente de desplazarse a velocidades excesivas, de tal manera que el ser humano parece que casi siempre está más interesado en ir a toda velocidad por la autopista de la existencia, que desplazarse con tranquilidad y poder disfrutar del paisaje.

Está bien aprovechar el tiempo apoyándose en eso tan repetido (a la vez, que trágicamente cierto), de que la vida es corta, pero una cosa es desperdiciar lo que te ofrece, lo que viene siendo dejar pasar trenes que nunca van a volver por la misma estación, y otra muy distinta es beberla de golpe, algo que a muchos les deja del todo satisfechos en el momento, pero que por desgracia puede que cuando vuelvan a estar sedientos, ya no tengan nada que beber y acaben muriéndose de sed.

***Las Opciones.**

Primera: Hacerse un nudo en el miembro viril, también llamado abstención. ¡Sin más!.

El paso de los años mitiga la fogosidad y también la capacidad de elevación del miembro, así que abstenerse va costando menos esfuerzo, aunque algunos

se hayan, hecho adictos a la Viagra, ese invento salvador para mantener siempre el «instrumento» disponible que les permita entrar rápidamente en acción cuando las circunstancias así lo demanden.

Segunda: «Usar un chubasquero para el pito». Lo que viene siendo el condón de toda la vida, aunque todavía hay algunos gazmoños, que piensan que es pecado utilizarlo. ¡Madre del amor hermoso!

Una verdadera lástima, ya que, no saben lo que se pierden (sobre todo ellas), con toda la nueva gama de texturas, rugosidades y sabores existentes hoy día en el mercado

Tercera: Estar muy atento para meter la «marcha atrás» en el momento oportuno. No aconsejable para los eyaculadores precoces, ni tampoco, para quienes anden mal de reflejos.

Todo se soluciona (casi siempre) con un buen entrenamiento, que algunos adquieren casi sin proponérselo, cuando se quedan por desgracia a medias («Coitus Interruptus»), pues han de salir rápidamente, incluso en calzoncillos, para no ser pillados con las manos (o lo que sea) en la masa. Algo que les ocurre a quienes con frecuencia suelen encamarse con quien no deben (por lo general, con señoras casadas y en su propia casa), y no esperan la llegada imprevista del «corneado» marido. Que vuelve al hogar sin previo aviso, para darle una sorpresa a su fiel «mujercita», sin imaginarse ni por lo más remoto, que su aparcamiento matrimonial está ocupado por otro vehículo. Que además tiene un motor más grande y potente que el suyo, incluso más nuevo, algo a lo que su señora no ha podido resistirse, obviamente.

La situación también puede ser al revés, ya que la infidelidad no es patrimonio ni de unos ni de otras.

Texto adicional

(1)

... «siguiendo una larga tradición familiar» (pág. 32), pues los vehículos pasaban de padres a hijos, casi como un tesoro en forma de herencia, en muchos casos la única posibilidad de dejar algo a los herederos, teniendo en cuenta la penuria económica de los habitantes de la Isla. Aunque unos cuantos afortunados, además del vehículo, mantenían la suerte, por llamar de alguna manera, al empobrecido legado familiar, de recibir una casa construida en el Siglo XIX, más o menos. Además del «recauchutado facial» antes indicado, necesitaba también un cambio completo de apariencia. Qué es lo que hace falta cuando el esqueleto del edificio está, por un lado, casi podrido, y por el otro en «semirruina», y si alguna pared quedaba todavía en pie tenía la «lepra», Es decir, todo se encontraba tan destartado que se caía a pedazos, y su entorno que en

los días de esplendor estaba formado por bellos y cuidados jardines que dejaban ver un acicalado paisaje de agradables tonalidades verdosas, ahora era un «cóctel vegetal» en el que se mezclaban sin margen para ofrecer un mínimo equilibrio estético, maleza, zarzas, setos de madreSelva y hierba en abundancia, en cantidades más que suficientes como para alimentar sin limitación de ningún tipo a un ejército de vacas hambrientas, hasta que el verde alimento les saliera por las orejas. Y como el dinero necesario para la reparación de todo lo susceptible de una mejora, aunque fuese insignificante, ni estaba, ni se esperaba, todo acababa convertido en un cementerio de vegetación y escombros. En el que sobresalían «cadáveres de ladrillos» y piedras amontonadas, es decir, que al final solo quedaba el vehículo (¡y gracias!) como pertenencia más o menos aprovechable.

(2)

«Alexis» (pág. 36), me contaba que su último trabajo para la Revolución, había sido el de dedicarse al espionaje prestando servicio al gobierno castrista. Aunque no como un delator en busca de la disidencia interna (si hubiera sido así de verdad, jamás habría hecho amistad con él. Ya que los chivatos lo único que merecen es desprecio, y en lo que a mí se refiere, además me dan asco). Su trabajo consistía en espiar en Estados Unidos, país en el que había vivido durante un corto espacio de tiempo hacía ya unos años, (aunque, siempre lo puse en duda por lo que ya conté sobre la facilidad para «inventar» de mi amigo). Pero me decía que no podía revelarme en que había consistido su misión, ya que eso era Secreto de Estado (¡qué fulero eres, Alexis!). Sin embargo, lo que sí le estaba permitido contar, eran las líneas maestras por las que se guiaba un buen espía, que él siempre aplicaba a rajatabla en su labor, y que por supuesto se sabía de memoria. Pues decía que hay cosas que nunca se olvidan cuando se aprenden bien, y me las daba a conocer como el alumno

aplicado que ante su profesor recita de carrerilla, sin fallos y casi sin pausa para respirar, la lección del día.

¡Mi «hemmano» escucha bien, cuáles son las reglas principales que debe de cumplir un buen agente que se dedique al espionaje! Para empezar hay que hablar lo justo, ya que si eres un «bocazas» no tienes ningún futuro en la profesión, y esto va muy relacionado con no emborracharse nunca. Aunque eso no impide que de vez en cuando uno se pueda tomar un «ronsito», pero si te pasas con el «chupete alcohólico» y se te desata la lengua, probablemente no vivirás para contarlo. Sigo, no fiarse nunca de nadie, aunque sean familiares o amigos, y mucho menos de las mujeres. En especial de las guapas, ya que cuanto más bellas son más peligro tienen, y por supuesto, cualquier relación con ellas en la cama está limitada a no más de dos o tres «polvos» con la misma. Es decir que eso de «encoñarse» nada de nada y de enamorarse menos todavía, y por último, y quizá lo más importante de todo, ya que eso puede salvarte la vida, hay que tratar de demostrar en todo momento, una falta de entendimiento absoluto ante todo

lo que te pregunten (por supuesto, el enemigo). Que cuando te interroguen (si tienes la desgracia de que te capturen) piensen que eres imbécil, cuanto más mejor, y a este respecto, he conocido a mucha gente que podrían haber sido grandes espías, ya que su categoría de imbecilidad era tan elevada, que apenas habrían tenido que hacer el más leve esfuerzo para que cualquiera se percatara de ello...

He de decir, con relación a esto, que me sucedía lo mismo que a mi amigo en lo que se refiere a conocer gente, que habría podido hacer sin duda alguna carrera con éxito en el mundo del espionaje.

Cuando Alexis, me contaba todo aquello u otro tipo de aventuras, yo siempre me hacía la misma pregunta extrañado por aquella capacidad para imaginar tantos relatos. «¿De dónde cojones, saca este tío lo que me cuenta? ¿Y si son verdad?».

Las dudas con respecto a lo que mi «colega» cubano me contaba, surgían debido a que se le veía convencido de lo que decía, y aunque cuando repetía

una historia, solía cambiar algunas cosas (aseguraba que eran versiones diferentes de un hecho real), era difícil que cayera en contradicciones. Y claro, a mí siempre me venía a la cabeza el mismo pensamiento, ¡o este «tío» es un consumado actor, o lo que cuenta es cierto!

Y como ejemplos de lo que decía había variedad y cantidad, recuerdo aquello que contaba con todo apasionamiento, incluso se le iluminaban los ojos mientras hablaba de ello. Pues era uno de sus relatos favoritos, haciendo referencia a su trabajo como espía, «un día el mismo Comandante en Jefe (Fidel) en persona, antes de una complicada misión, que se nos había encomendado, nos dijo a un grupo de compañeros»: ¡Tengan siempre presente, que ustedes están aquí con el único y específico objetivo de luchar contra el Imperialismo, y han de tener la conciencia clara, de que su esfuerzo y sacrificio han de ir en todo momento encaminados a combatir por la dignidad y la libertad de los seres humanos. En especial de los más débiles y también de aquellos que por una u otra causa,

no pueden hacerlo por sí solos y bla, bla, bla...!

Como es de sobra conocido, la locuacidad de Fidel Castro en sus momentos de máximo apogeo físico e intelectual era inigualable. Así que, el discurso continuaba para largo, y aunque Alexis estaba dispuesto a contarme con puntos y comas, todo lo dicho por el Comandante. Yo estaba atento a frenarlo con educación, pero con firmeza, ya que de lo contrario la narración podía durar horas.

Otras de sus historias preferidas, eran las que hacían referencia a su abuelo con relación a su amistad con Ernesto «Che» Guevara, el otro mítico Comandante de la Revolución Cubana, y esto es lo que me contaba Alexis al respecto:

En una arenga parecida a la anterior, en la que el «Che» se dirigía a sus hombres para decirles, «que el principal enemigo del ser humano era la ignorancia, que ese era el verdadero motivo que daba origen a la opresión de los pueblos y que antes de empuñar un arma, lo que había que hacer era coger un libro para

saber por qué motivo luchaban, ya que la cuestión no consistía en pegar tiros sin sentido. Y cuantos más libros leyeran, mucho mejor, más cultura iban a adquirir y más difícil sería que nadie les pudiese engañar...»

Alexis, aludía siempre a su abuelo, que sin duda, era su ídolo, puesto que raro era el día que no sacaba a relucir algo sobre él. ¡Mira, Pablo, mi abuelo siempre contaba que desde que era un niño había oído muchas veces esta frase: «El Tiburón se baña, pero salpica»...!, que era algo que los cubanos decían sobre la corrupción de sus dirigentes, y muchos años antes de la Revolución. ¡Oye, Pablo, mi abuelo decía que él era comunista de siempre, y que su primera obligación como tal era la de comprender la realidad! Al parecer, esto lo había dicho en su momento Lenin, aunque el abuelo no debía de tener muy claro el significado de la frase, sin embargo, según decía su nieto, la repetía hasta la saciedad. ¡Pablo, chico!, mi abuelo me enseñó un viejo himno anarquista que decía: «Hijo del pueblo, te oprimen cadenas, y esa injusticia no puede seguir si tu existencia es un mundo de penas, antes que esclavo es preferible

morir!»

¡Pablo, mi abuelo, esto, mi abuelo, aquello, mi abuelo lo otro!, ¡vaya «palizas» que me daba con el abuelito de los cojones!

El anciano, sin duda, ejerció sobre el nieto una gran influencia, y entre otros hábitos, le contagió su afición por la lectura, y Alexis desde pequeño se convirtió en un auténtico devorador de todo lo que de forma escrita caía en sus manos. Y me hablaba a menudo de los libros que había leído, los que estaba leyendo y de cuáles eran sus escritores favoritos, algunos completamente desconocidos para mí. Excepto Leonardo Padura, un autor que nos gustaba mucho a ambos.

Quizá su capacidad para contar historias reales o inventadas venía dada por su enorme voracidad como lector. Ya que es de sobra sabido que al igual que en lo referente a la alimentación física del cuerpo, uno es lo que come, en lo que hace referencia a la nutrición mental, lo que se lee ocupa un papel muy importante a la

hora de que el cerebro lo asimile. Y además, lo utilice de forma más o menos acertada para dar rienda suelta a la imaginación, que según los casos puede ser en mayor o menor grado exagerada.

En fin, todo un personaje, el caribeño Alexis, un verdadero «Encantador de Serpientes, un auténtico Doctor en relaciones sociales y un Conquistador nato», que, además, se apoyaba en un físico agradable y bien proporcionado. Que era especialmente valorado por damas de cualquier edad, condición, nacionalidad, incluso estado civil, algo de lo que el cubano se vanagloriaba. Y una vez más, haciendo una exhibición de su inagotable capacidad para inventar hasta llegar a la afirmación más exagerada sin ningún tipo de recato, solía repetir con cierta frecuencia, que se había «cepillado» a lo largo de su vida a más de tres mil mujeres. Quizá quería hacerle la competencia a Julio Iglesias, aunque a mí, dada su edad, me parecían demasiadas. Aun reconociendo, que el amigo, además de su atractiva presencia, tenía una innata capacidad para llevarse «tías a la cama», una detrás de otra y sin

parar, ¡vaya máquina de follar! Utilizando para ello una permanente y amplia sonrisa seductora, que se dibujaba en su cara (que solo algunas veces se difuminaba, cuando un maldito divieso, que se había convertido en huésped no invitado y perpetuo de su trasero, lo traía a mal traer, aunque se lo tomaba con su particular sentido del humor, ¡chico, ojalá este forúnculo se lo pudiera yo pegar en el «puto culo» a todos los enemigos de la Revolución!), y que dejaba a la vista, una perfecta y llamativa dentadura. Con una inmaculada blancura, que destacaba más aún por el contraste que hacía con su piel bronceada de mulato (y por la que, sin duda, cualquier fabricante de dentífricos de un país capitalista, que para Alexis eran casi todos, quitando el suyo y cuatro más, habría estado dispuesto a pagar lo que fuera para contratarlo de modelo publicitario de boca). Y que él siempre utilizaba como tarjeta de presentación. Aunque más bien la empleaba como llave, que le permitía abrir muchas puertas, y al mismo tiempo deshacer también muchas camas.

Era, además, un excelente cocinero, de eso

puedo dar fe, pues cuando me invitaba a su casa, era raro el día que no se metía en la cocina (que era enana, haciendo juego con el apartamento, pero tenía de todo) a preparar algún plato típico cubano. Ya fuera para comer o cenar, y dejaba constancia de sus innegables dotes para el noble arte de la gastronomía, preparando excelentes menús, que yo degusté, probando y a la vez descubriendo, la Yuca con Mojo, el Lechón Asado, la Carne con Papas, el Picadillo a la Criolla, o el famoso Congrí, que se componía básicamente de arroz con frijoles negros, algo muy parecido a lo que en España se conoce con el nombre de Moros y Cristianos. Y todo ello, regado con abundante cantidad de cerveza bien fría y siempre de la marca Cristal, ya que, la conseguía por la «cara». El hombre, al parecer, tenía un amigo que trabajaba en la planta embotelladora, y para los trapicheos, era moneda habitual el intercambio del hoy por ti y mañana por mí, algo en lo que Alexis era un verdadero maestro.

Aún recuerdo como si fuera hoy, el día que una vez finalizadas mis vacaciones en Cuba (que prorrogué

el doble de lo que tenía previsto, es decir, cuatro semanas en vez de dos, ya que en aquellos momentos de abundancia económica, las circunstancias hicieron que mi billetera estuviera bien provista de efectivo), retorné de nuevo a España. Y allí, en el Aeropuerto José Martí de La Habana, tuve mi última conversación con Alexis, al que por cierto invité a venir a visitarme a mi casa. Pero por unas razones o por otras ese viaje nunca llegó a realizarse, y yo tampoco he podido volver a visitar Cuba, muy a mi pesar, pero las circunstancias incontrolables de la vida así lo han determinado. Aunque aún mantengo contacto con mi amigo y sigo disfrutando con sus increíbles historias y, mientras, conservó en el recuerdo aquel día lluvioso de la partida, en el que las condiciones para convertirme de manera inmediata en pasajero de un avión, no eran las mejores. Y el sonido estruendoso de la tormenta hacía que uno se acojonase tan solo con el pensamiento de volar.

Había leído una vez, en una revista que hablaba sobre temas relacionados con la aviación, un artículo que hacía referencia a que en el momento en el que una

persona ponía el pie en un aeropuerto con intención de viajar, su corazón comenzaba a alterarse de forma significativa. Mientras tanto, el ritmo cardíaco se iba acelerando, hasta adquirir un determinado nivel de agitación en su estado de ánimo, generado por las prisas y los nervios (algo que pude comprobar en vivo y en directo sobre el terreno, experimentando en carne propia). Y todo ello motivado por la suma de trámites previos a realizar, antes de que el avión estuviera en el aire, facturación del equipaje, última despedida de familiares o amigos. En mi caso, el camarada era Alexis, y le insistí mucho para que solo estuviese él, porque sabía que mi «colega» era capaz de montar un auténtico show en la terminal. Ya que si hubiera sido por su gusto habría llevado a unas cuantas chicas, incluidas muchas de nuestras amigas, de «desfase nocturno» para despedirme. Algo que encajaba muy poco con mis gustos y que iba en contra de mi idea de intentar pasar siempre lo más desapercibido posible.

Y que además me hubiera puesto más nervioso de lo que me encontraba, incluso, no estaba muy seguro

de quedarme al final en tierra, si hubiese visto aparecer por allí a un coro de «Dulces Mulatas», como si fueran un grupo de animadoras de Los Angeles Lakers, agitando sus brazos y lanzando besos al aire para decirme a voz en grito:

¡Pablo, chico, quédate un poco más!, ¡vuelve pronto, mi «amol»!, ¡te queremos, muchacho!

Y después pasar el control de seguridad, ¡y que el pasaporte no aparece!, ¡joder, que lo perdí!, ¡vaya susto, menos mal, lo tengo aquí!

A continuación, embarcar en el avión y una vez en el interior, había que sumar otras actividades de ejecución inmediata. Como la ubicación en el asiento asignado, la colocación del equipaje de mano en el compartimento correspondiente. Algo no siempre resulta fácil, pues en ocasiones es parecido a querer meter un pie del cuarenta y dos en un zapato del treinta y nueve. Y seguir con atención a las indicaciones de la azafata, abrochar el cinturón de seguridad, rezar los más religiosos u otros rituales propios, en función de las

manías de cada cual. Que pueden ir desde meterse el dedo en la nariz, secarse el sudor de la frente con un pañuelo o «tocarse los huevos» Y todo ello ejecutado de forma compulsiva, y cualquier cosa que a una persona en similares circunstancias se le pueda ocurrir en esos momentos de alteración nerviosa.

Procuré pensar en algo que me diera tranquilidad para afrontar con la mayor calma posible el inmediato vuelo. En el que de nuevo iba a cruzar el océano, y una vez que el aparato estaba navegando ya en su medio natural, miré por la ventanilla, me vi volando en la oscuridad y tan alto, que allí metido me sentí un punto insignificante en medio del universo. Mientras que a miles de metros por debajo quedaba la tierra caribeña, así que aproveché la ocasión para retornar de nuevo a ella (a pesar del poco tiempo transcurrido desde que la había abandonado), para hacer un detallado repaso mental de mis vacaciones cubanas. Y volví a saborearlas en mi recuerdo, mientras venía a mi cabeza el estribillo de la vieja y muy conocida canción del argentino Luis Aguilé:

“Cuando salí de Cuba” que comencé a tararear en voz muy baja (¡Cuando salí de Cuba, dejé mi vida, dejé mi amor, cuando salí de Cuba dejé enterrado mi corazón...!).

Sobre todo para no despertar al señor gordo que tenía a mi lado, que estaba empotrado en el asiento, completamente dormido y con cara de disfrutar de la absoluta felicidad. Lo que me hizo suponer, que al igual que yo, también había pasado unas memorables vacaciones en Cuba, y al final, imitando a mi compañero de asiento, me quedé como un «tronco» y disfruté de mi sueño durante unas horas y sin pesadillas. Ya que el mal rollo que tenía en el cuerpo antes despegar no se hizo realidad, por suerte, porque aunque nunca tuve miedo a volar, a veces la mente te juega malas pasadas. Y resulta casi inevitable que ante determinadas circunstancias adversas, en la cabeza aparezcan unas imágenes terribles, que uno va tejiendo con el hilo de la fantasía alimentada por el pesimismo, aunque en mi caso fueron breves por suerte.

Y en las que me veía metido en aquel avión, y sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, se caía en picado, encaminándose a la velocidad de un cohete en dirección al agua salada. Y uno, en su desesperación, cree que ha llegado la hora del fin, incluso te conviertes en víctima de tu negatividad, para convencerte de que no existe ninguna posibilidad de salvación. Aunque el avión pudiera aterrizar en medio del mar, ya que empiezas a ver tiburones por todas partes, que esperan ansiosos la aparición de carne fresca. Que como el «maná» les va a llegar del cielo para ofrecerles una inesperada y succulenta cena. Porque el vuelo es nocturno para más acoquinamiento, por si no fuera ya suficiente con la climatología adversa, para darle al momento un toque más terrible...

Con el paso de las horas me fui poco a poco tranquilizando, aunque alguna vez el avión pegó algún que otro salto que me despertó, la verdad que un poco alterado. Pero la voz amable de una de las azafatas (de nombre Diana para más señas, una preciosidad caribeña, dicho sea de paso, bueno, eso creí por sus

rasgos, aunque en aquellos momentos todas las mujeres bellas me parecía que eran cubanas, ¡estaba obsesionado con ellas!, lo reconozco), se apresuró a serenar al pasaje, con un: ¡no se preocupen, señores pasajeros, son unas turbulencias sin importancia! (y como el mejor creyente, es el que quiere creer, pensé, «¡si tú lo dices, cariño, será verdad!»), así que seguí «sobando» feliz.

Y sin más novedad, llegué a la Madre Patria, con la satisfacción del deber cumplido, que no fue otro que ¡disfrutar a tope y sin tregua!, y el objetivo se logró con creces. Eso sí, como no es cuestión de colgarse medallas, reconozco que sin ningún mérito por mi parte (en todo caso un «Quid Pro Quo», en el que puse todo mi entusiasmo y Cuba a cambio me dio todo su calor). Ya que cuando tienes al alcance de la mano la diversión más explícita, tan solo tienes que cogerla y dejarte llevar, lo demás viene por añadidura. Aunque es imprescindible gozar de buena salud física que te aporte una gran resistencia y, al mismo tiempo, te bendiga con una notable capacidad de recuperación y, de esta forma,

aprovechar el tiempo al máximo. Es decir, para poder dormir poco y moverse mucho. Y también psicológica, que propicie el mejor estado de ánimo posible para aprovechar al máximo cada momento. Porque puede ser único, aunque yo espero volver algún día y repetir experiencias y, también, por supuesto, estando siempre abierto a otras nuevas.

Mientras el bueno de Alexis me sigue presentando amigas y me cuenta más historias, verdaderas o inventadas, eso da igual. En las que seguro permanecerá con la fe de un catecúmeno, ejercitando sin desmayo una inquebrantable defensa de la Revolución Cubana. Algo en lo que discrepamos, aunque no en todo, a pesar de sus intentos continuos para convencerme de los enormes beneficios que ha supuesto para el pueblo caribeño en los últimos cincuenta años, incluso más. Y apoyándose para conseguirlo en su verbo fácil y zalamero, lo que viene siendo hacer proselitismo, siempre en busca de ganar adeptos para la causa. Que es otro de los objetivos irrenunciables de cualquier buen Revolucionario, y Alexis

sin duda alguna lo era y lo sigue siendo. Teniendo presente en todo momento, que a pesar de las discrepancias extremas en muchas ocasiones, siempre entre ambos se encontraba como muelle amortiguador, el respeto por las ideas y opiniones del otro. Y, mientras, entre charlas y risas (muchas risas), nos echamos al colete unos buenos tragos del combinado especial receta del «abuelito».

Ahora me acabo de dar cuenta, que hace un momento estaba haciendo planes de futuro, con la idea de volver a visitar Cuba, y se me olvidó lo que había pasado en la Tierra. Así que ya veremos que sucede en el futuro, espero que la Isla y los cubanos, empezando por Alexis, sigan donde estaban.

Quizá también, haya otros momentos mientras me encuentre en el búnker, que me olvide de la realidad, pero si eso me ayuda a seguir adelante con un buen estado de ánimo, supongo que no será nada malo. Mientras sepa siempre donde estoy y cuáles son las circunstancias reales por las que transcurre mi vida.

(3)

...«inolvidables noches» (pág. 41), repletas de mujeres que nada más aparecer delante de mí provocaba que el pulso comenzara a acelerarse, (más bien, galopar), además de respirar con dificultad, (bien es cierto que el calor de la noche caribeña ejercía en ello una gran influencia) y quizá fuera de la impresión que me producía ver a toda aquella cantidad de hembras tan espectaculares, (¡qué carrocería, qué diseño, qué todo!) Y todas ellas delante de mí, provocaban que no llegara suficiente aire a mis pulmones para poder respirar con normalidad. Al mismo tiempo, la cabeza comenzaba a llenarse de todo tipo de pensamientos, la verdad es que a cual más guarro, así era en aquellos momentos mi grado de alteración y calentura.

Me veía rodeado de auténticas preciosidades (y me quedo corto) cubanas, que hacían, sin ningún tipo de recato ni pudor, una verdadera exhibición de sus atributos físicos (de todos a la vez).

Algo que no era necesario, pues la magnitud de su poder de atracción era demoledora, aunque se hubiesen quedado inmóviles como estatuas. La belleza femenina, cuando resulta tan evidente, es inútil intentar potenciarla, pues al hombre (en este caso yo, al igual que a otros acompañantes del género masculino que también disfrutaban de la noche capitalina cubana), ya lo tienen «comiendo de su mano», prácticamente sin casi proponérselo. Y claro, si con todo lo dicho no fuera suficiente, además llevaban la falda muy por encima de las rodillas (¡qué lejos se quedaban de la tela!), y la blusa iba siempre abierta, para dejar que se asomara el inicio de unos pechos que ya se intuían de una exuberancia portentosa.

Evidentemente, la cortedad de la falda y el desabotonado de la blusa eran tácticas muy bien estudiadas, en este sentido, la improvisación podía quedar para otros momentos más íntimos (aunque, a partir de ciertas horas, ya nada podía causar sorpresa, pero para bien). Así pues, los asombrados ojos del mirón (de nuevo yo y los colegas de juerga), seguían

observando embobados cuando las muchachas se movían balanceado su cintura al más puro estilo caribeño, es decir, a ritmo de maraca, y eso era un arma definitiva para que uno se quedase absolutamente hipnotizado el resto de la noche (y el día siguiente, y el otro, y el otro...). Tanto, que si la mulata en cuestión, fuera mujer de malos sentimientos y al embobado de turno (el de siempre, otra vez yo), le hubiese pedido que desde los muros del Malecón se tirase de cabeza al agua, el «bobín» (diminutivo de bobo y el mismo una vez más, yo), lo habría hecho sin duda alguna. Claro está que el exceso de ron (del bueno, ¡qué sabor más «cojonudo»!), es evidente que habría ayudado mucho, pero bueno, las chicas eran muy buena gente y querían divertirse tanto como los hombres. Y eso fue lo que hicimos unos y otras, durante aquel tiempo inolvidable vivido en la maravillosa, afrodisíaca y caliente (en el amplio significado de cada palabra), Isla de Cuba.

Fueron unos días (por desgracia me pasaron volando), que estaba tan ensimismado por todo lo que me rodeaba (bellezas humanas, principalmente de color

canela), que como ya dije antes, me hubiesen podido arrastrar al fondo del mar, o incluso llevarme de la mano al mismísimo infierno a tomarme una copa con Satanás.

¿Y el «gusano», como llevaba aquellas noches agitadas de juerga permanente y lujuria desbocada?

Pues la verdad que, muy bien, respondió admirablemente, sin doparse (¡ni Viagra, ni hostias!), como un buen deportista. Engordó cuando tuve que hacerlo, y se puso siempre firme (nunca «morcillón») cuando las exigencias del combate le obligaron a entrar en acción y a «bayoneta calada», respondiendo con la mayor rapidez posible para afrontar el combate, y cuando el General dio la orden de: ¡al ataque!, la tropa respondió de inmediato: ¡Señor, sí, señor!, y con la máxima eficacia...

¡Y qué decir de la impresionante y espectacular Dámaris!, pechos turgentes y enormes, más bien «pechotes», en los que podías empezar metiendo el morro y acabar perdido en ellos. Era como si una fuerza enorme te succionase hacia el interior, y separados por

un canalillo moreno y brillante, por el que se deslizaban perlitas de sudor cuando su cuerpo quemaba calorías sin parar, agitado por un demoledor e incesante juego de caderas, cuando estaban en su máxima potencia de movimiento.

Y Diana, con aquellas soberbias nalgas que elevaban su culo a la categoría de obra de arte, ¡menuda criatura! O Yoely, tan cariñosa y mentirosa a la vez, que era capaz de convencer a cualquier hombre de ser un irresistible «guaperas», ¡qué bello eres, mi «amol»!, repetido hasta la saciedad (tanto que hasta te lo creías, ¡pobre ingenuo!, bueno, yo y cualquiera, por mucho que alguno fuera más feo que «Cuasimodo»).

Y también la electrizante Gloria, que sin ser guapa, poseía el atractivo y la gracia suficiente para llevarte directamente al lugar con el que compartía nombre.

Sin olvidarme de Mirta, que siempre llevaba vestidos ajustados y muy cortos, para dejar al descubierto, con estudiado descuido, sus bragas casi

transparentes, que a mí me ponían más caliente que una pizza recién sacada del horno. Aunque en ese momento, lo que más me interesaba era que, «¡mi pizza!», no la de comer, hiciera el recorrido contrario, es decir, meterse en otro horno cuya seductora propietaria era la muy ardiente caribeña.

Había otras chicas, cuyo nombre ya no recuerdo, aunque también me vienen a la memoria, ya que es imposible que me olvide de ellas, Virginia y Alina, que se ponían a bailar en cuanto sonaba la música, moviendo muy suavemente el cuerpo, las dos juntas, piel con piel, con sugerentes toqueteos, montando una especie de espectáculo de fina «bollería» cubana. Por supuesto aparente, porque de lesbianas no tenían nada, ¡algo que puedo asegurar con rotundidad!, para poner bien cachondo al personal, como si estuvieran poseídas por los Dioses del Placer y el Bailoteo.

Y si con los pies en el suelo se movían como princesas, en la cama, lo hacían como auténticas reinas, de tal forma, que a mí me parecía estar viviendo en el paraíso.

Sin duda alguna y si hubiese podido, ¡me habría quedado allí para siempre!, hasta que me llegase la hora de abandonar mi existencia terrenal y, por supuesto, con el único deseo de que la inevitable partida se demorase muchos años. Mientras yo disfrutaba de aquella extraordinaria compañía que me mimaba cual bebé, además de hacer caso a lo que alguna vez había oído, que decía, más o menos, que los hombres que son queridos, o como mínimo, acariciados por un gran número de mujeres, serán capaces de atravesar con más valentía y menos dolor el Valle de las Sombras, si era cierto o no ya era otra cuestión, pero yo quise creerlo así, y con más razón cuando me encontraba inmerso en aquella «Selva de Lujuria» con intenso aroma a hembra tropical.

¿Y si un día acabas viviendo donde menos te lo esperas?



FH
FRANJO HALVARY
"Fabricando Historias"



¿Te atreves a cruzar la puerta del búnker?